

## Novela de Pícaros

«Ah, mis palabras! Al despertar he mirado, olido, respirado y besado las palabras mías, como si recobrase un tesoro.

Ha pasado la pesadilla guñolesca. Guñol y tragedia, con reminiscencias de Italia y de España en un emplazamiento geográfico tropical. Telón de fondo americano y peleas indígenas que visten a la europea, pero que enseñan por debajo del indumento occidental la pluma de guacamayo o el collar de cuentas de vidrio.

Varias veces volvió el maestro orfebre su vista a los antiguos dominios transatlánticos. Abandonaba el cincel de su neogoticismo ironizante, ponía una tregua en la labor de motivos medievales—santidad, superstición, lascivia clandestina—y modelaba una figura medio humana, medio frutal, encendida por el sol del paralelo máximo,—gata, tigre, diablo, mujerzuela de adorno—mirando a América. Hoy ha reiterado el tema indiano en su nuevo eserpento—«Tirano Banderas»—con las más apretadas torceduras de lo grotesco.

La flor de su obra, el habla. Un laborioso arrastre de voces infames, llevadas a la más preeminente categoría de la fábula. Los peles no son otra cosa sino ese verbo mestizo, representativo de una sociedad caricaturesca, donde fingen el solemne equilibrio de los movimientos anímicos humanos, varios pitecantropos ridículamente serios.

El triunfo de Valle Inclán sobre los materiales de su bastimento es decisivo. Un acuafortismo de tono recio nos doma la atención, rebelde a la hez léxica fundamental. Porque las babosidades fonéticas, los diminutivos con que se envilecen vocablos a que no cuadra esa flexión, los tropos verbales donde el concepto viene a menos, son la adecuada expresión de sus figuras inferiores, animadas por toda una gama de concupiscencias y de pintorescas ruindades. Es, una vez más, el trasunto de ambiente de la castiza novela picaresca española, arrequivada a lo criollo.

Por ese acuafortismo, destaca en el paisaje el rasguño maestro del estilista: al principio, una visión de la ciudad, desde la ventana por donde Santos Banderas asoma su consabida mueca; las apariciones abigarradas y tumultuosas de la feria...

También, a las veces, se redimen los muñecos de la cenagosa bestialidad del apetito. La niña del Ciego Velones, la que canta en el prostíbulo al són del piano que su padre tañe, le dice cuando entrambos sueltan a volar las ilusiones:—Yo, puesta a envidiar, no envidiaría riquezas.—¿Pues qué envidiarías?—¡Ser pájaro! Cantar en una rama.

Suprema aspiración pero que, formulada así, entre cuadros de gallofa y de burla, muéstrase de una idealidad cursiloncilla y pavitonta.

En otro pasaje, la mujer de Zacarías el Cruzado, es arrancada de su chozo por los gendarmes. El arropiezo queda andando a gatas por el campo, donde más tarde se lo comerán los cerdos. «La madre... volvía la cabeza con desgarradoras voces.—¡Ven! ¡No te asustes! ¡Ven! ¡Corre!.. Pero el niño no se movía. Detenido sobre la orilla de la acequia, sollozaba mirando crecer la distancia que le separaba de la madre...»

Luego, las siluetas de lo truculento, en que Valle Inclán no rinde el buril a nadie. Y son, la venganza de Zacarías en don Peredita: aquellas dos sombras que, cogidas de la mano, van ardiendo por la orilla del tejado y se arrojan a la calle; la muerte del tirano, precedida del sacrificio de su hija loca...

Alguna ráfaga de nobleza orea con tenuidad el ambiente, cuando Filomeno Cuevas acoge a Domiciano de la Gándara; o por tal rincón de la cárcel de Santa Mónica. Salvo estas incidentales facetas, el eserpento oprime con la densidad de atmósfera viciada que estorba la respiración en los malos sueños.

Entre líneas, sentimos estallar a veces, la equis mexicana, la que don Ramón quiere adoptar en puesto del carraspeante sustitutivo con que la envió al destierro el siglo diecinueve.

JOSÉ BALLESTER

## VERSO Y PROSA LES GRENADES

De PAUL VALÉRY

*Dures grenades entr'ouvertes  
Cédant à l'excès de vos grains,  
Je crois voir des fronts souverains  
Eclatés de leurs découvertes!*

*Si les soleils par vous subis,  
O grenades entrebâillées,  
Vous ont fait d'orgueil travaillées  
Craquer les cloisons de rubis,*

*Et que si l'or sec de l'écorce  
A la demande d'une force  
Crève en gemmes rouges de jus,*

*Cette lumineuse rupture  
Fait rêver une âme que j'eus  
De sa secrète architecture.*

### LAS GRANADAS

#### I

*Duras granadas entreabiertas, que cedéis a un exceso de granos: creo ver soberanas frentes, estalladas por sus descubrimientos.*

*Si los soles por vosotras sufridos, oh granadas entreabiertas, trabajadas por el orgullo, han resquebrajado vuestros tabiques de rubí,*

*Y si el oro seco de la corteza, a petición de una fuerza, revienta en gemas rojas de jugo,*

*Esta ruptura luminosa hace soñar a un alma que vive con su secreta arquitectura.*

#### II

*Ya cedes a tus elementos,  
Oh dura granada entreabierta:  
Creo ver la frente en alerta,  
Estallada por sus inventos.*

*Si soles sufridos por ti,  
Granada asomada, granada  
Por el orgullo trabajada,  
Hienden tabiques de rubí,*

*Y si el oro de la corteza,  
A petición de una dureza,  
Rompe en gemas rojas de zumo,*

*Esta luminosa ruptura  
Soñar hace a un alma que exhuma  
Con su secreta arquitectura.*

Traducción de JORGE GUILLÉN

### Cinema para enamorados

La final, intencionada de candor, fué la vibración más intensa de la cinta, larga de peripecias angustiosas. Porque las parejas de la sala, ricas en el alero del arrullo, habrían olteado su atenta vida imaginativa por la carretera tornasolada y varia de la proyección. Reposados en la casilla numérica de sus butacas, todos los espectadores—sin embargo—habían saltado hacia la pista heroica del protagonista como ejemplar. La sala estaba temblorosa y convulsa de aquella energía imaginada, que la batalla radiada hacia el público, emparejados del ejercicio hípico de venar las composiciones. Cansados de llegar un instante nada más—a los pasillos. Cansados de perseguir al traidor, defender a la protagonista, y burlarse al enemigo, los espectadores estaban ya inmersos en el ahogo infame de los ecos y de las turbulencias, prontos a desconectar su atención de la abrasadora pantalla, y despertar, frescos de aurora, sobre las macetas de las cabezas femeninas.

Si la orla oportuna no hubiese llegado a la felicidad de extremo, a anudar las tensiones creadas, el director manipulador de aquellas redondas de celuloide, hubiese cometido un delito sentimental irreparable. Al recibir la luz, de nuevo, en la piscina de la sala, se hubiese visto cómo las parejas, antes tan ayuntadas de júbilo, se separaban desafectas, desunidas, inconsonantes, frías; pesarosas de vague-

dad; desamadas y desarraigadas; predispuestas, cuando al salir el viento las aislase, a la bifurcación y al adiós definitivo. Y toda esta pena probable e irreparable por la supresión de una orla, cuidada y centrada, a foco cercano, rápida, condensadora y terminal, que anudaba, como una glorieta, los dispersos caminos de la película, con la precisión contundente de los arrullos epilogales.

Pero gracias a la sabia contabilidad del director que maneja con destreza las partidas sentimentales, la orla estaba allí, corazón de luz en la sombra, emocionante de actitudes, indolente y solemne, presta a cumplir su alta misión pacífica, de unidad, y de continuidad, en los telares amorosos de las parejas. Y qué acuosa ternura irradiaba, por fin, sobre todos, la orla terminal y previsible. Se percibía claramente su influencia desbordada por la sala. Las parejas se acercaron más, apretándose en calurosas emociones. Se cordializaron las manos con enlaces intensos. Las palabras despertaban tímidas horradando la cinta temblorosa de una conversación entrecortada. Había derrame de miradas en cercanía. Suspiros, tal vez. Emociones... La orla duró unos instantes.

(La orla era así: Greta y William, abrazados, se miraron, primero, sonrieron, después, y por último, el largo, el apretado beso de los augurios felices).

En este momento, la oscuridad de la sala se punzó con la resolución de un «pizzicato» estruendoso: todas las parejas, influenciadas por la película, se habían besado a un mismo tiempo.

M. ARCONADA

## Epistolario

De Antonio Espina:

«Trabajo mucho. Me muevo más y preparo, verás: una novela *grande*, un libro que va fraguándose poco a poco, de crítica de arte, y... ¡teatro! Sí. No te asustes. TEATRO. Así como suena. Y además: teatro especial, sin claudicaciones, audaz, y si es preciso cínico, y si es preciso, desvergonzado, procurando que al tiempo que yo movilizo *estéticas*, el espectador movilice *butacas*. No Pirandello, no Cocteau, más bien, sin imitaciones, claro, Bernard Shaw.

Todo esto tendrá su realidad tangible en el próximo año. Porque hay que pensar con cuidado y prepararse bien.»

\*

De José Bergamín:

«Ahora, Ruiz Castillo (editor excepcional) se *atreve* a editarme un libro en la «Biblioteca Nueva».—Para mí es una buena cosa, porque *me quita un peso de encima*: un *lastre* que me incomodaba ya demasiado. Formaré el libro—cuyo título ya he decidido: «Enemigo que huye»—con «Polifumo» y el «Coloquio espiritual del pelotari y sus demonios».—También he terminado mi «Don Lindo de Almería», sainete andaluz mudo, como Vd. sabe, para evitar el *acento* imitativo de los personajes (tan insufrible! y cuya acción pasa en Australia, para evitar, también, el *color local*. Por otra parte he dado a Esplá un proyecto de «Auto», que llamo «de la Mari Chiva» y que llevará ilustraciones líricas suyas y alguna cancioncilla de Alberti. Y en fin, voy ordenando cerca de cuatrocientos aforismos (?) para reunirlos en un librito sólo: «La cabeza a pájaros». Después de todo esto, podré dedicarme *a escribir, seriamente*, mi libro católico: «El alma en un hilo» (Burla y pasión del hombre invisible) y otras cosas que andan, hace tiempo, a medio hacer, y me estorbaban para dejar—como quisiera—definitivamente, la literatura o antiliteratura de mis intentos...»

\*

De Matilde Pomès:

«Y ahora me cumple decirle que el día mismo en que llegaron a París los primeros ejemplares de VERSO Y PROSA, se celebró dignamente tal acontecimiento en esta casa, que espero algún día lo será suya, y el celebrante fué nada menos que Paul Valéry, el cual después de una comida en petit comité nos tuvo embebecidos toda una noche a esta su servidora y a algunos amigos, entre los que figuraban Ventura García Calderón,—que tiene su parte, como Vd. sabe, en la irradiación de las letras hispanas en París—y el nunca bien y bastante alabado Alfonso Reyes, que tiene talento, finura, donaire, gracia y don de simpatía por todo un continente (y si me apuran diré por dos y hasta por tres. Pues qué, ¿hay acaso un Reyes o siquiera un reyezuelo en Australia o en África?)

Ya ve Vd. que la literatura española, no diré ni joven ni antigua, ni clásica ni moderna, sino sencillamente inmortal, no podía tener más elocuente ni autorizado campeón, y mayormente todas las disposiciones de quienes escuchaban, incluso el Sr. Paul Hazard, que aboga por la buena latinidad en el Colegio de Francia. Y aunque él sabe de italiano algo más que de español, y conoce Italia como yo quisiera conocer España, con todo, el parangón entre jóvenes fué a inmensa ventaja de España, sobre todo después de la intervención de Valéry—el gran mediterráneo—que dijo cómo tomado el pulso poético a Italia y España, resultaba éste a muchos grados por encima de aquél «avec un bouillonnement, une ferveur qui n'existent peut-être pas ailleurs en Europe a cette heure».

Y en esto, como si hubiera habido oposición, que no la había, se desplegaron los flamantes números de VERSO Y PROSA, no en señal de batalla, sino de *ralliement*, como el blanco penacho de nuestro gran Rey, que lo era al mismo tiempo de Navarra, y había nacido por más señas en la linde misma de sus dos reinos.»